

Trío

Por Thomas Hewitt

En la playa, justo a medio camino entre el mar y dos dunas atestadas de manglares, un hombre y dos chicas se abrazan y ríen en la arena. Junto a ellos, un fogón bastante bien prendido y un balde con dos botellas. Champaña, seguramente, o alguna otra bebida alcohólica.

Estoy espiándolos desde lo alto de un médano, oculto entre arbustos y ramas secas que me raspan la frente. Todo sea por disfrutar de escenas como las de allá abajo.

El hombre parece de cincuenta años. Canoso, bronceado, anteojos negros (aunque ya anochece). Bermudas negras, camisa blanca agitada por la brisa marina. Se lo nota tranquilo y concentrado en su agradable compañía.

Y hablando del tema, las chicas deben andar por los dieciocho años. Una es rubia platinada, de labios gruesos y senos demasiado prominentes. Siliconas, quizá. Sólo viste una remera color pastel tan transparente que no deja nada a la imaginación. La otra, morocha de pelo rizado, alta, de tetas grandes pero presumiblemente verdaderas, lo mismo que su culo. Ríe más fuerte que los demás. La copa vacía en su mano derecha indica embriaguez anticipada.

Queda claro que ninguna de las dos muchachas son hijas del hombre, pero si se trata de incesto, no me sorprendería. La gente de ciudad suele venir a estas inhóspitas playas para, digamos, liberarse. Hacer lo que no pueden —o no se atreven— en la ciudad. Por ejemplo, coger con quien sea.

El hombre abraza a las chicas, les dice algo que lo logro escuchar, ellas ríen, él le quita la remera a la rubia, quien debajo no lleva corpiño. Sí, esas delanteras son operadas. El hombre hunde su boca en un pezón. La morocha se encarga del otro. La rubia cierra los ojos, echa la cabeza hacia atrás. Parece que estuviera amamantándolos.

Mi verga, dura como una piedra viscosa, late dentro del pantalón, como queriendo escaparse.

Las chicas se dan un beso de lengua al tiempo que hurgan en sus propias entrepiernas. El hombre queda acostado, sonriente, las manos detrás de la cabeza. Las muchas captan el mensaje: le sacan la bermuda y los boxers y comienzan a turnarse para sobarle el miembro erecto.

¡Hijo de puta! Lo tiene más grande que yo.

La morocha se acuesta sobre la rubia, pero de modo que las caras quedan frente a las vaginas. Una vez oí el nombre de esa posición: la “sesenta y nueve”. Tardé en darme cuenta por qué. Claro, ja, la forma de los números. Por su parte, el hombre gatea hasta ubicarse detrás de la morocha, y, agarrándola de las caderas, la penetra. El grito de la muchachita atrona por la playa.

Y yo la tenga más dura todavía.

Bueno, ese hombre ya se divirtió bastante. Ahora me toca a mí.

Agarro la escopeta, apunto en dirección a los tres. Coloco el dedo en el gatillo. Por la mira telescópica veo al tipo, que sigue penetrando a la morocha. Está tan excitado que cierra los ojos y se muerde el labio inferior.

—¿Así que te gustan los agujeros? —murmuro, y le disparo en el estómago, un poco más arriba del ombligo.

Él se queda congelado, los ojos bien abiertos. Mueve despacio la cabeza hacia abajo, mirando la pequeña herida sangrante.

Vuelvo a apretar el gatillo. Esta vez la bala le da en medio de la cara y sale por detrás de la cabeza. Puedo distinguir gotas de sangre salpicando, a sus espaldas, la arena y una de las botellas. Esta vez cae hacia un costado.

Lo más gracioso es que las chicas no se dan cuenta de nada: siguen lamiéndose sus respectivas vaginas.

Las mujeres de la ciudad son todas iguales: todo les importa un carajo.

De pronto la morocha deja a la rubia y se da vuelta para buscar al hombre. Recién ahí nota los balazos. Se pone a gritar como una histérica. La rubia también se percata de la situación, pero reacciona llevándose las manos a la boca y abriendo mucho los ojos.

Siento el pene húmedo. Evito masturbarme. Debo guardar “combustible” para lo que queda.

La morocha se incorpora, mira a su alrededor. Lloro. No sabe qué mierda hacer. En esa clase de episodios, las chicas se ponen más lindas. Para que no huya, le tiro a la pierna. Chilla, cae sobre el cadáver del hombre. La rubia por fin grita y gatea hasta la otra. Le disparo en la cadera. La morocha pega otro alarido, trata de levantarse, y lo logra, la muy puta. Mira a todas partes, espera, mira a la rubia, que llora y se lleva una mano a la herida. Aparentemente, duda entre escaparse y abandonarla. Su pierna no para de sangrar.

Adoro a las chicas desesperadas.

La morocha decide correr por la playa. Anda a duras penas. Grita por ayuda. Como si alguien más que yo fuera a oírla.

Le permito hacer dos kilómetros, que crea posible salir con vida, y le pego un tiro en la otra pierna y también en el hombro. Queda tirada en la arena, a centímetros del agua. Por suerte, aún respira.

Salgo de mi escondite, me cuelgo la escopeta y comienzo a bajar por las dunas. Mi verga es un puño enrojecido a punto de saciar sus necesidades.

—¡No se preocupen, chicas! —digo a los gritos—. ¡Acá tienen otro macho! Y uno de verdad! —y voy desenfundando mi infaltable cuchillo Bowie, que brilla en el atardecer.